

# NO SUCEDIÓ

## Fredric Brown

Aunque él no podía saberlo, Lorenz Kane estaba perdido desde el día que atropelló a la muchacha de la bicicleta. La perdición propiamente dicha pudo haberle alcanzado en cualquier parte, en cualquier momento; dio la casualidad de que sucediera en los camerinos de un teatro de variedades una noche de finales de septiembre.

Por tercera vez en una semana había presenciado la actuación de Queenie Quinn, la primera bailarina del espectáculo, una actuación digna de presenciarse, en verdad. Vestida sólo con tres minúsculos pedazos de cinta azul, estratégicamente colocados, Queenie, una rubia de elevada estatura y cuerpo de ninfa, había terminado su último número de la noche y acababa de desvanecerse entre bastidores, cuándo Kane pensó que una actuación privada de Queenie, en su apartamento de soltero, no sólo sería mucho más agradable que una actuación en público, sino que indudablemente le produciría placeres mucho mayores. Y como el número final, en el que Queenie, en su calidad, de estrella, no debía aparecer, estaba empezando en aquel momento, decidió que era la ocasión ideal para hablar con ella a fin de conseguir una actuación particular.

Salió del teatro y bajó rápidamente por el callejón hasta la puerta de entrada de los artistas. Un billete de cinco dólares hizo que el portero le dejara entrar sin dificultades y al cabo de un minuto llamaba con los nudillos a la puerta de un camerino decorado con una estrella dorada. Una voz preguntó: «¿Sí?» No tenía intención de hacer su oferta a través de una puerta cerrada, y conocía lo bastante la jerga utilizada entre bastidores para saber la única pregunta que haría suponer a la muchacha que él era alguien relacionado con el mundo del espectáculo que tenía una razón de peso para querer verla con urgencia.

- ¿Está visible? - inquirió.

- Un momento - respondió ella, y después, al cabo de un minuto escaso -: Adelante.

El entró y la vio en pie frente a sí, envuelta en una bata de color rojo vivo que ponía de relieve sus hermosos ojos azules y su cabello rubio. Saludó y se presentó, después de lo cual empezó a explicar los detalles de la proposición que quería hacerle.

Estaba preparado para una cierta resistencia inicial o incluso una negativa y dispuesto a mostrarse persuasivo incluso, si era necesario, hasta el punto de ofrecerle una suma de cuatro cifras, que desde luego sobrepasaría los ingresos semanales de ella - hasta era posible que sus ingresos mensuales - en un teatro de variedades tan pequeño cómo aquél. Pero en vez de escucharle razonablemente, ella empezó a gritarle como una arpía, lo cual ya era bastante ofensivo; pero después cometió la gravísima equivocación de dar un paso adelante y cruzarle la cara de una bofetada. Fuerte. Le dolió.

El perdió la paciencia, retrocedió un paso, sacó su revólver y le disparó al corazón. Después salió del teatro, y cogió un taxi para volver a su apartamento. Tomó unas cuantas copas para tranquilizar sus nervios comprensiblemente agitados y se fue a la cama. Estaba durmiendo profundamente cuando, un

poco después de medianoche, llegó la policía y le arrestó por asesinato. El no comprendió nada.

Mortimer Mearson, que probablemente, por no decir sin duda alguna, era el mejor abogado criminalista de la ciudad, regresó al edificio del club a la mañana siguiente después de una temprana partida de golf y encontró un recado en el que se le pedía que telefonara a la juez Amanda Hayes en cuanto pudiera. La telefoneó inmediatamente

- Buenos días, Señoría - dijo -. ¿Ocurre algo?

- Ocurre algo, Morty; Pero si tienes libre el resto de la mañana y puedes dejarte caer por mi despacho, me ahorrarás el tener que explicártelo por teléfono.

- Estaré ahí dentro de una hora - le aseguró él.

Y así fue.

- Buenos días otra vez, Señoría - dijo -. Ahora hágame el favor de tomar aliento y explicarme detalladamente lo que sucede.

- Un caso para ti, si lo quieres. En pocas palabras, anoche se arrestó a un hombre por homicidio, se niega a hacer declaraciones de ninguna clase hasta haber consultado a un abogado, y él no tiene. Dice que, hasta ahora, jamás había tenido problemas legales y que ni siquiera conoce a ningún abogado. Pidió al jefe que le recomendara uno, y el jefe me ha pasado el muerto a mí.

Mearson suspiró.

- Otro caso de oficio. Bueno, supongo que ya era hora de que volviese a encargarme de uno. ¿Me ha designado a mí?

- No tan de prisa, muchacho - dijo la juez Hayes -. No se trata de ningún caso de oficio. El caballero en cuestión no es rico, pero disfruta de una posición razonablemente acomodada. Es un joven bastante conocido en la ciudad, un bon vivant, o algo por el estilo, capaz de pagar la minuta que quieras presentarle, siempre que no sea excesiva. No estoy diciendo que tu minuta suela ser excesiva, pero esto es algo que tenéis que discutir vosotros dos, si es que él acepta que le representes.

- ¿Puede decirme si ese dechado de virtud, evidentemente inocente y difamado, tiene nombre?

- Lo tiene, y lo habrás oído más de una vez si lees los periódicos. Lorenz Kane.

- El nombre lo confirma; evidentemente es inocente. Uh..., hoy no he leído el periódico.. ¿A quién se supone que ha matado? ¿Sabe usted algún detalle?

- Será un caso difícil, Morty, muchacho - dijo la juez -. No creo que tenga ninguna posibilidad a menos que alegues locura momentánea. La víctima era una tal Queenie Quinn - un nombre artístico, aunque sin duda se descubrirá uno más válido - que era bailarina en el Majestic. La estrella del espectáculo. Muchas personas vieron a Kane entre los espectadores durante su último número y le vieron salir justo después durante el número final. El portero le ha identificado y admite haber... ah... haberle dejado entrar. El portero le conocía de vista y esto fue lo que condujo a la policía hasta él. Al cabo de unos minutos volvió a pasar junto al portero, cuando salió. Mientras tanto varias personas habían oído el disparo. Y pocos minutos después del final del espectáculo, la señorita Quinn fue hallada muerta, de un disparo, en su camerino.

- Hummm - dijo Mearson -. Es su palabra contra la del portero. No será tan difícil. Conseguiré demostrar que el portero no es más que un mentiroso patológico con unos antecedentes interminables.

- Estoy segura de que lo conseguirías, Morty. Sin embargo, hay un pero. En vista de su posición relativamente importante, la policía llevaba una orden de registro junto con la orden de arresto bajo sospecha de asesinato cuando fueron a prenderle. En el bolsillo del traje que había llevado, encontraron un revólver de calibre treinta y dos con un cartucho disparado. La señorita Quinn murió a causa de una bala disparada con un revólver del calibre treinta y dos. Exactamente el mismo revólver, según los expertos en balística de nuestro departamento de policía, que dispararon una bala de muestra y usaron el microscopio para compararla con la bala que mató a la señorita Quinn.

- Húmmm, humm y hummm - dijo Mearson -. ¿Y dice que Kane no ha hecho absolutamente ninguna declaración excepto en el sentido de que no hará ninguna declaración hasta haber consultado al abogado que elija?

- Así es, aparte de un comentario bastante raro que hizo inmediatamente después de que le despertaran y acusaran. Los dos oficiales que le arrestaron lo oyeron y coinciden incluso en las palabras. Dijo:

«¡Dios mío, así que ella debía de ser real!» ¿Qué crees que quería significar con esto?

- No tengo ni la menor idea, Señoría. Pero si me acepta como su abogado, no dude de que se lo preguntaré. Mientras tanto, no sé si darle las gracias por proporcionarme el caso o maldecirla por encomendarme un problema tan difícil.

- A ti te gustan los problemas difíciles, Morty, y tú lo sabes. Especialmente si percibes tus honorarios, ganas o pierdas. Sin embargo, quiero ahorrarte el trabajo de que hagas gestiones inútiles. Sería inútil tratar de conseguir una fianza o un mandato de habeas corpus. El fiscal del distrito saltó de la silla al recibir el informe de balística. La acusación es formal: homicidio en primer grado. Y la parte acusadora no necesita más de lo que tiene; están dispuestos a ir a juicio en cuanto te hayan convencido de que no hay ningún motivo para esperar. Bueno, ¿qué estás aguardando?

- Nada - dijo Mearson. Y se fue.

Un guardia acompañó a Lorenz Kane a la sala de consultas y le dejó allí con Mortimer Mearson. Mearson se presentó y ambos se estrecharon la mano. Kane, pensó Mearson, parecía muy tranquilo, y decididamente más asombrado que inquieto. Era un hombre alto, moderadamente atractivo, de unos treinta y cinco o cuarenta años, y estaba impecablemente aseado a pesar de una noche en una celda. Daba la impresión de ser el tipo de hombre que conseguiría parecer impecablemente aseado en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso una semana después de que sus portadores le hubieran abandonado en pleno safari a mil kilómetros al norte del Congo, llevándose todas sus pertenencias.

- Sí, señor Mearson. Estaré más que satisfecho si usted me representa. He oído hablar de usted, y he leído algo respecto a los casos que ha defendido. No sé por qué no se me ocurrió pensar en usted, en vez de solicitar una recomendación. Ahora bien, ¿desea oír mi historia antes de aceptarme como cliente.., o me ha aceptado ya, para bien o para mal?

- Para bien o para mal - dijo Mearson -, hasta que.. - Entonces se interrumpió; «hasta que la muerte nos separe» es una frase muy poco

diplomática para un hombre que se halla, muy posiblemente, a la sombra de la silla eléctrica.

Pero Kane sonrió y acabó él mismo la frase.

- Muy bien - dijo -. Sentémonos - y ambos se sentaron en las dos sillas, una a cada lado de la mesa, de la sala de consultas -. Y como eso significa que nos veremos continuamente durante un tiempo, será mejor que nos llamemos por el nombre de pila. Pero no Lorenz, en mi caso. Llámeme Larry.

- Y a mí llámeme Morty - dijo Mearson -. Ahora quiero que me cuente su historia con todo detalle, pero primero le haré dos preguntas rápidas. ¿Es usted...?

- Espere - le interrumpió Kane -. Una pregunta rápida antes de esas dos. ¿Está usted absoluta y completamente seguro de que no hay ningún micrófono oculto en esta sala, de que esta conversación es completamente privada?

- Lo estoy - repuso Mearson -. Ahora mi primera pregunta: ¿es usted culpable?

- Sí.

- Los oficiales que le arrestaron declaran que, antes de esposarle, usted dijo una cosa: «¡Dios mío, así que ella debía de ser real!» ¿Es eso cierto? Y en caso afirmativo, ¿a qué se refería con ello?

- En aquel momento yo estaba muy aturdido, Morty; y no me acuerdo, pero probablemente dijera algo en este sentido, porque es exactamente lo que pensaba. Pero, en cuanto a lo que me refería, eso es algo que no puedo contestar rápidamente. El único modo de que usted me comprenda, si es que logro que me comprenda, es empezar por el principio.

- De acuerdo. Empezé. Y tómese todo el tiempo que necesite. No tenemos que resolverlo todo en una sesión. Puedo retrasar el juicio unos tres meses como mínimo..., más si es necesario.

- Puedo contárselo en menos tiempo. Todo empezó - y no me pida que sustituya el «todo» por otra palabra - hace cinco meses y medio, a principios de abril. Cerca de las dos y media de la madrugada del martes tres de abril, para ser lo más exacto posible. Había estado en una fiesta en Armand Village, al norte de la ciudad, y volvía a casa. Yo...

- Disculpe las interrupciones. Quiero asegurarme de que no se me escapa ningún detalle. ¿Conducía usted? ¿Iba solo?.

- Conducía mi «Jaguar». Iba solo.

- ¿Sobrio? ¿A demasiada velocidad?

- Sobrio, sí. Me fui de la fiesta relativamente temprano - era muy aburrida - y en esa época bebía con mucha moderación. Pero de repente me sentí hambriento - creo que me había olvidado de cenar - y me detuve en un parador. Tomé un cóctel mientras esperaba, pero me comí hasta el último pedazo del enorme filete que me trajeron, toda la guarnición, y bebí varias tazas de café. Después no tomé ninguna copa, y yo diría que cuando salí estaba más sobrio que de costumbre, si es que sabe a lo que me refiero. Y, por si esto fuera poco, di un paseo de media hora en un coche descapotado y en una noche bastante fría. En resumen, yo diría que estaba más sobrio que ahora, y no he bebido alcohol desde poco antes de la medianoche de ayer. Yo...

- Espere un momento - dijo Mearson. Sacó un frasco plateado del bolsillo de la americana y lo dejó encima de la mesa -. Es una reliquia de la Prohibición; a veces lo uso para hacer de San Bernardo con clientes encarcelados demasiado

recientemente para que hayan podido procurarse la importación de las necesidades de la vida. Kane dijo:

- Ahhh. Morty, puede usted duplicar sus honorarios por excederse en el cumplimiento de su deber. - Bebió un buen trago -. ¿Dónde estábamos? - preguntó -. ¡Ah, sí! Yo estaba decididamente sobrio. ¿A mucha velocidad? Sólo técnicamente. Me dirigía hacia el sur por la calle Vine y sólo me separaban unas cuantas manzanas de Rostov...

- Cerca de la comisaría del distrito cuarenta y cuatro.

- Exactamente. Figura en mi relato. Es una zona de velocidad limitada a cuarenta y yo debía ir a sesenta, pero qué demonios, eran las dos y media de la madrugada y no había tráfico. Sólo la proverbial damita de Pasadena habría ido a menos de sesenta.

- Ella no estaría en la calle a esas horas. Pero Continúe.

- De repente, por la boca de un callejón situado en medio de una manzana, sale una muchacha en bicicleta, pedaleando con toda la rapidez posible en una bicicleta Y justo enfrente de mí. La vi claramente un instante, mientras pisaba el freno con todas mis fuerzas. Era una adolescente, de unos dieciséis o diecisiete años. Su cabello rojizo le salía por debajo de un gran pañuelo marrón que llevaba en la cabeza. Iba vestida con un jersey de angora verde pálido y pantalones de color canela hasta media pierna. La bicicleta era roja.

- ¿Observó todo eso en una ojeada?

- Sí. Todavía lo veo con claridad. Y... esto no lo olvidaré jamás: un momento antes del impacto, ella se volvió y me miró fijamente, con ojos muy asustados Ocultos tras unas gafas de concha.

»Yo ya estaba apretando el pedal del freno con todas mis fuerzas y el maldito «Jaguar» empezó a clavarse en el suelo y a decidir si patinaba o no. Pero, demonios, por muy rápidas que sean tus reacciones - y las mías lo son mucho. -, es imposible parar un coche en seco si vas a sesenta. Debía de ir a cincuenta cuando la arrollé... Fue un impacto espantoso.

»Y después, un ruido sordo y varios crujidos al pasar primero las ruedas delanteras del «Jaguar» y después las posteriores El ruido sordo fue ella, naturalmente, y los crujidos fueron la bicicleta. El coche debió de pararse a un metro escaso.

»Un poco más adelante, a través del parabrisas, vi las luces de la comisaría á una manzana de distancia. Salí del coche y eché a correr hacia allí. No miré atrás. No quise mirar atrás. No habría servido de nada, pues ella debía de estar más que muerta, después de aquel impacto.

»Me precipité en el interior de la comisaría y, al cabo de unos segundos, conseguí dejar de tartamudear y explicar lo que intentaba decirles. Dos agentes salieron conmigo y los tres nos dirigimos hacia el lugar del accidente. Yo empecé a correr, pero ellos se limitaron a andar de prisa y yo moderé el paso porque no quería llegar el primero. Bueno, llegamos y...

- Déjeme adivinarlo - interrumpió el abogado -. Ni rastro de la joven, ni rastro de la bicicleta.

Kane asintió lentamente.

- Estaba el «Jaguar», parado en medio de la calle; los faros encendidos; la llave en el contacto, pero el motor calado. Detrás de él, unos doce metros de marcas de neumáticos, que empezaban unos cuatro metros antes del lugar donde estaba el callejón.

»Y eso es todo. Ni rastro de la muchacha, ni rastro de la bicicleta. Ni una gota de sangre, ni un pedazo de metal. Ni una abolladura en el parachoques del automóvil. Me tomaron por un loco y no les culpo. Ni siquiera me dejaron sacar el coche de en medio de la calle; uno de ellos lo aparcó junto a la acera - y se quedó la llave en vez de dármela - y volvieron a conducirme a la comisaría para interrogarme.

»Pasé el resto de la noche allí. Supongo que habría podido llamar a un amigo para que avisara a un abogado y me sacaran bajo fianza, pero estaba demasiado trastornado para pensar en nada. Quizá demasiado trastornado para querer salir, para tener una idea de adónde querría ir o qué querría hacer si salía. Lo único que deseaba era estar solo para pensar y, después del interrogatorio, uno de los sitios a donde podía ir era justo el que me asignaron. No me metieron en la celda de los borrachos. Me imagino que iba demasiado bien vestido y llevaba tarjetas de identificación demasiado impresionantes, para convencerles de que, cuerdo o loco, era un ciudadano sólido y solvente al que debían tratar con guantes de seda. Sea como fuere, me hicieron entrar en una celda individual y yo me alegré de poder quedarme a pensar en ella. Ni siquiera traté de dormir.

»A la mañana siguiente enviaron a un psiquiatra de la policía para hablar conmigo. A estas alturas, yo había llegado a la conclusión de que, cualquiera que fuese el problema, la policía no me ayudaría en nada y que cuanto antes los perdiera de vista, mejor. Así que engañé al psiquiatra restando importancia a mi historia en vez de contársela tal como sucedió. Omití los efectos acústicos, como los crujidos de la bicicleta al pasar por encima y las sensaciones cinéticas del impacto y el golpe, y se lo presenté como una súbita y momentánea alucinación visual. El picó el anzuelo y me dejaron marchar.

Kane dejó de hablar el tiempo suficiente para tomar un trago del frasco plateado y después preguntó:

- ¿Aún me cree? Y, me crea o no, ¿tiene alguna pregunta que hacerme?

- Sólo una. - dijo el abogado -... ¿Está usted..., puede usted estar seguro de que su experiencia con la policía del distrito cuarenta y cuatro es objetiva y demostrable? En otras palabras, si llegamos a juicio y decido basar mi defensa en un estado de enajenación mental, ¿puedo llamar como testigos a los policías que hablaron con usted, y al psiquiatra de la policía?

Kane esbozó una sonrisa irónica.

- Para mí, mi experiencia con la policía es tan objetiva como el atropello de la muchacha en bicicleta. Pero, por lo menos, usted puede verificar lo primero. Compruébelo y averigüe si lo recuerdan. ¿De acuerdo?

- De acuerdo. Continúe.

- La policía dedujo que yo había sufrido una alucinación y se dio por satisfecha, pero yo no. Hice varias cosas. Primero llevé el «Jaguar» a un garaje para levantarlo del suelo y examiné detenidamente los bajos y la parte delantera. Nada de nada. Está bien, no había sucedido, en lo que al coche respecta.

»Después quise saber si una muchacha de esa descripción, viva o muerta, había salido aquella noche en bicicleta. Gasté varios miles de dólares en una agencia de detectives privada, para que escudriñaran minuciosamente aquel barrio - y una amplia zona a su alrededor - y descubrieran si había existido alguna vez una joven que concordase con esa descripción, con o sin bicicleta

roja. Se presentaron con unas cuantas adolescentes pelirrojas posibles, pero yo me las arreglé para verlas, y no era ninguna de ellas.

»Y, después de informarme, yo mismo escogí a un psiquiatra y empecé a visitarle. Se suponía que era el mejor de la ciudad, e indudablemente el más caro. Fui a verle durante dos meses. Resultó un fracaso. No conseguí averiguar lo que creía que había sucedido; no quiso decirme nada. Ya sabe cómo trabajan los psicoanalistas, te hacen hablar a ti, te hacen analizarte a ti mismo, y finalmente te hacen decirles cuál es tu problema; entonces cotorreas un poco sobre ello y les dices que estás curado, ellos se muestran de acuerdo contigo y te dicen que vayas con Dios. Eso está muy bien si tu subconsciente sabe cuál es el problema y finalmente lo deja escapar. Pero mi subconsciente no sabía qué pasaba y, como vi que estaba perdiendo el tiempo, me largué.

»Pero, mientras tanto, yo había hablado con unos amigos para conocer sus ideas, y uno de ellos - profesor de filosofía en la Universidad - empezó a hablar de ontología, y eso me impulsó a leer libros sobre el tema y me proporcionó una pista. En realidad, yo creí que era más que una pista, creí que era la solución. Hasta anoche. Desde anoche sé que, por lo menos parcialmente, me equivoqué.

- Ontología... - dijo Mearson -... La palabra me resulta vagamente familiar, pero ¿será tan amable de aclarármela?

- Voy a citarle la versión íntegra del Webster Unabridged: «Ontología es la ciencia del ser o la realidad; la rama del saber que investiga la naturaleza, las propiedades esenciales y las relaciones de ser como tal.»

Kane lanzó una mirada a su reloj de pulsera.

- Veo que estoy tardando en explicárselo más de lo que había pensado. Empiezo a cansarme de hablar y sin duda usted aún estará más cansado de escuchar. ¿Qué le parece si acabarnos esta conversación mañana?

- Una excelente idea, Larry. - Mearson se levantó.

Kane inclinó el frasco plateado para aprovechar hasta la última gota y lo devolvió.

- ¿Volverá a hacer de san Bernardo mañana?

- Fui al cuarenta y cuatro - dijo Mearson. El incidente que usted me describió no ha sido olvidado. Hablé con uno de los dos agentes que salieron con usted hasta la escena del... uh... hasta el coche. Usted informó realmente del accidente, de eso no hay duda.

- Comenzaré por donde lo dejé - declaró Kane -. La ontología, el estudio de la naturaleza de la realidad. Al leer mucho sobre el tema me tropecé con el solipsismo, que se inició en tiempos de los griegos. Es la creencia de que todo el universo es producto de la imaginación; en este caso, mi imaginación. Es la creencia de que yo soy la única realidad concreta y de que todas las cosas y todas las personas sólo existen en mi mente.

Mearson frunció el ceño.

- Así pues, la muchacha de la bicicleta, como para empezar sólo tenía una existencia imaginaria, ¿cesó de existir..., uh, retroactivamente, en el momento que usted la mató? ¿Sin dejar rastro tras sí, excepto un recuerdo en su mente, que atestiguara su paso por la vida?

- A mí también se me ocurrió esta posibilidad, y decidí hacer algo que seguramente lo confirmaría o refutaría. Específicamente, cometer un asesinato, deliberadamente, para ver qué sucedía.

- Pero..., pero Larry, se cometen asesinatos todos los días, hay personas que son asesinadas, y no se desvanecen retroactivamente sin dejar rastro tras de sí.

- Pero no soy yo quien las ha asesinado - replicó gravemente Kane -. Y si el universo es un producto de mi imaginación, eso supone una gran diferencia. La muchacha de la bicicleta es la primera persona que yo he matado en mi vida.

Mearson suspiró.

- De modo que decidió averiguarlo cometiendo un asesinato; y disparó sobre Queenie Quinn. Pero, ¿por qué no...?

- No, no, no - interrumpió Kane -. Cometí otro antes de ése, hace uno o dos meses. Un hombre. Un hombre...; no vale la pena que le diga su nombre o cualquier otra cosa acerca de él porque la verdad es que nunca existió, como la muchacha de la bicicleta.

»Pero, naturalmente, yo no sabía que ocurriría así, de modo que no me limité a matarle abiertamente, como hice con la bailarina. Tomé las debidas precauciones para que, si hallaban su cuerpo, la policía no pudiera detenerme como el asesino.

»Pero después de haberle matado, bueno..., él no había existido jamás, y creí que mi teoría estaba confirmada. A partir de entonces siempre he llevado un arma, creyendo que podría matar impunemente todas las veces que quisiera, y que eso no tendría importancia que no sería inmoral, porque cualquiera que yo matase no habría existido realmente excepto en mi imaginación.

- Hummm - dijo Mearson.

- Normalmente, Morty - dijo Kane -, soy una persona de carácter apacible. La otra noche fue la primera vez que usé el revólver. Cuando esa maldita bailarina me pegó lo hizo con fuerza, me dio un bofetón tremendo. Me cegó momentáneamente y yo reaccioné de un modo automático al sacar la pistola y disparar.

- Hummm - dijo el abogado -. Y Queenie Quinn resultó ser real y usted está en prisión por homicidio, así que, ¿no reduce eso su teoría de solipsismo a la nada?

Kane frunció el ceño.

- Evidentemente, la modifica. He reflexionado mucho desde que me arrestaron, y he llegado a una conclusión. Si Queenie era real - y desde luego lo era -, yo no era, y probablemente no soy, la única persona real. Hay personas reales y personas irreales, que sólo existen en la imaginación de las reales.

»No sé cuántas hay. Quizá sólo unas pocas, quizá miles, o incluso millones. Mi muestra - tres personas de las cuales una resultó ser real - es demasiado pequeña para ser significativa.

- Pero ¿por qué? ¿Por qué tiene que haber una dualidad como ésta?

- No tengo ni la menor idea - repuso Kane -. He llegado a pensar cosas muy raras, pero no son más que suposiciones. Es como una conspiración, pero una conspiración ¿contra quién? ¿O contra qué? Y no todas las personas reales pueden estar envueltas en la conspiración, porque yo no lo estoy.

Se rió entre dientes con humorismo.

- Anoche tuve un sueño muy curioso acerca de eso, uno de esos sueños confusos y revueltos que no puedes contar a nadie, porque no tienen continuidad y no son más que una serie de impresiones. Era algo sobre una



conspiración y un archivo de la realidad que incluía los nombres de todas las personas reales y las mantenía reales. Y - voy a tratar de explicárselo - la realidad está manejada por una cadena de compañías inmobiliarias, una en cada ciudad, aunque desde luego no se sabe que formen una cadena. Naturalmente, también se ocupan de bienes raíces, como fachada. Y... Oh, demonios, es demasiado complicado para tratar de explicarlo.

»Bueno, Morty, eso es todo. Supongo que me dirá que mi única defensa es alegar locura... y tendrá razón porque, maldita sea, si estoy cuerdo soy un asesino. En primer grado y sin circunstancias atenuantes; ¿no es así?

- Sí - dijo Mearson. Jugueteeó un momento con una pluma de oro y después alzó la vista -. El psiquiatra que le trató durante cierto tiempo..., su nombre no era Galbraith, ¿verdad?

Kane negó con la cabeza.

- Bien. El doctor Galbraith es amigo mío y el mejor psiquiatra forense de la ciudad, quizá del condado. Ha trabajado conmigo en una docena de casos y los hemos ganado todos. Me gustaría conocer su opinión antes de planear la defensa. ¿Querrá hablar con él, ser completamente sincero, si le digo que venga a verle?

- Desde luego. Uh..., ¿le pedirá que me haga un favor?

- Probablemente; ¿de qué se trata?

- Préstele su frasco y dígame que lo traiga lleno. No tiene usted ni idea de lo agradables que hace estas entrevistas.

El interfono que había sobre la mesa de Mortimer Mearson dejó oír su zumbido característico y él apretó el botón que le traería la voz de su secretaria. - «El doctor Galbraith quiere verle, señor.» Mearson le dijo que lo hiciera entrar inmediatamente.

- Hola, doctor - dijo Mearson -. Quítese un peso de encima y cuéntemelo todo.

Galbraith se dispuso a obedecer y encendió un cigarrillo antes de hablar.

- Incomprensible al principio - dijo -. No di con la solución hasta hacerle el historial médico. Sufrió una caída jugando al polo a los veintidós años y el golpe que le dieron con un mazo en la cabeza le produjo una contusión grave y la subsiguiente amnesia. Primero fue completa, pero después fue recobrando gradualmente la memoria hasta la época de su primera adolescencia. Sin embargo, casi no recuerda nada de lo que ocurrió entre esa época y el momento del accidente.

- ¡Dios mío, el período de adoctrinamiento!

- Exactamente. Oh, tiene destellos, como el sueño del que te habló. Podríamos rehabilitarlo, pero temo que ya sea demasiado tarde. Si le hubiéramos descubierto antes de que cometiera un crimen abierto... Pero ahora no podemos arriesgarnos a que su historia conste en un expediente, ni siquiera alegando locura como defensa. Ya lo sabes.

- Bien - dijo Mearson... Haré la llamada inmediatamente. Después iré a verle otra vez. No me gusta, pero hay que hacerlo.

Apretó un botón del interfono.

- Dorothy, comuníqueme con el Señor Hodge, de la Compañía Inmobiliaria Midland. Páseme la llamada a la línea privada.

Galbraith se fue mientras él esperaba y a los pocos momentos sonó uno de los teléfonos y lo descolgó.

- ¿Hodge? - dijo -. Soy Mearson. ¿No nos escucha nadie? Bien. Clave ochenta y cuatro. Quitá la tarjeta de Lorenz Kane - Lorenz Kane - del archivo de realidad... Sí, es necesario y una emergencia. Mañana te presentaré el informe.

Sacó una pistola del cajón de la mesa y cogió un taxi hasta el Palacio de Justicia. Solicitó una entrevista con su cliente y en cuanto Kane traspuso la puerta - no valía la pena esperar - le mató de un disparo. Aguardó el minuto que tardaba el cuerpo en desvanecerse, y después subió al despacho de la juez Amanda Hayes para realizar una última comprobación.

- ¿Cómo está Su Señoría? - dijo -. Hace poco me hablaron de un hombre llamado Lorenz Kane, y no recuerdo quién fue. ¿Usted, por casualidad?

- Jamás he oído ese nombre, Morty. No fui yo.

- En este caso, debió de ser otra persona. Gracias, Señoría. Hasta la vista.

**FIN**

Edición electrónica de Paul Atreides  
Bahía Blanca, Agosto de 2001